

EVARISTO MARTIN NIETO

Las siete palabras
de Jesucristo
en la cruz

ESCUELA BÍBLICA
DE
LA AXARQUÍA

DESTINATARIOS: LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA BÍBLICA

© Evaristo Martín Nieto

Septiembre 2013



ESCUELA BÍBLICA DE LA AXARQUÍA

-- Parroquia de San Andrés Apóstol --

C/ San Martín nº 2

PRÓLOGO

Las siete palabras vienen a ser un resumen muy condensado del mensaje de Jesús. El perdón, el arrepentimiento del pecado para conseguir el perdón; la gloria en el mismo instante de la muerte; la fundación de la comunidad cristiana o del reino de Dios en la que todos somos hermanos, hijos de Dios y de la santísima Virgen; los tormentos que sufrió Jesús; la donación del Espíritu Santo; el “agua viva” que salta hasta la vida eterna; ponerse en las manos de Dios para cumplir su voluntad a lo largo de su vida, cuya culminación tiene lugar en la cruz. Cristo en la cruz se sintió abandonado del Padre, en la “noche oscura” de su vida, pero él no abandona a su padre, sino que se pone con una fe ciega en sus manos paternas siempre acogedoras; el cumplimiento a la perfección de la misión encomendada por el Padre.

Jesucristo pasó el tiempo que estuvo en la cruz recitando salmos, expresamente los que se refieren a los pobres, a los que sufren y a los que son tratados de manera injusta. Estas siete palabras las debemos tener bien grabadas todos los cristianos como las que nos dice un ser querido en el momento de su agonía. Son palabras que nunca podemos olvidar.

Cristo es condenado por *revolucionario* social, proclama el reino de Dios, es decir, el reino de la justicia, del amor y de la paz; se junta con los pecadores, le siguen los publicanos y las prostitutas, sus preferidos son los pobres, los que sufren y los oprimidos por los poderosos. No se le ve en el templo

ofreciendo sacrificios. Parece que hace suyas las palabras que el profeta Oseas pone en boca de Dios: “No quiero sacrificios, quiero amor” (6, 6). Las instituciones públicas, civiles y religiosas, se sienten muy molestas y ofendidas por lo que dice y hace. Es un mal para el pueblo y habrá que eliminarlo.

Es también condenado por *blasfemo*. Confiesa, ante Caifás, que sí, que él es Mesías, el Hijo de Dios Bendito y que un día vendrá a la diestra del Todopoderoso entre las nubes del cielo (Mc 14, 62). Caifás sentencia: “Nos conviene que muera un solo hombre por el pueblo antes de que perezca la nación entera” (Jn 11, 50). Además tiene la osadía de perdonar los pecados (Mc 2,5), algo que sólo puede hacer Dios. Se hace, por tanto igual a Dios. Antes de él, nadie se había atrevido a llamar Padre –ABBA- a Dios. Él sabe y se siente con una filiación divina única de Dios. No decía “nuestro Padre”, sino “mi Padre” y “vuestro Padre”. Postula la gran familia humana, en la que todos los hombres y mujeres se comporten fraternalmente unidos, hijos del mismo Padre, el Dios clemente que nos acoge paternalmente a todos, con preferencia a los más necesitados de su abrazo divino.

PRIMERA PALABRA

“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34)

Estas palabras, exclusivas del evangelio de Lucas, el que pone más de relieve la misericordia del Señor (cap. 15) faltan en códices mayúsculas, códices menores y versiones. Algunos creen que esto se debe a que son demasiado indulgentes con los judíos que le condenaron. Pero no aducen argumentos que lo confirmen. La misericordia divina es una característica fundamental del evangelio de Lucas. Basta con recordar las parábolas del hijo pródigo, una de las páginas más bellas de la literatura universal. Suplica el perdón y excusa a los pecadores que somos todos, no únicamente a los verdugos que le clavaron en la cruz. Le dice al Padre que lo hacen por ignorancia, no saben lo que están haciendo.

Lo más lógico es que sean auténticas. Cristo vino a redimirnos del pecado, vino a perdonar, no a condenar, vino a “llamar a los pecadores” (Mt 2,17), se juntó con ellos (Mt 11,19), eran sus amigos. Por eso los fariseos decían de él que andaba en “malas compañías”. Él mismo se hace pecado para destruir el pecado en su condición humana (2 Cor 5,21), en él tenemos la remisión de nuestros pecados (Ef 1,7). Para eso murió en la cruz, como él mismo habían anunciado: “Esta es mi sangre de la Nueva Alianza que será derramada para el perdón de los pecados” (Mt 26,28).

Esta misión la tenía grabada en el más profundo centro de su corazón. Esa es la razón por la que lo trata con frecuencia, de manera espontánea a lo largo de su vida

pública: “Tus pecados te son perdonados” (Mc 2,5), “vete y no peques más” (Jn 8,11).

El pueblo no sabía, en efecto, lo que estaban haciendo. Pero los gerifaltes judíos, los fariseos, los Sumos Sacerdotes, el Sanedrín, lo deberían saber, pues Cristo había dicho claramente que era el Mesías, y los lectores de la Biblia sabían que el Mesías vendría revestido de grandes poderes divinos, justamente lo que Cristo había demostrado con los hechos portentosos que había realizado (curaciones). . A pesar de todo, ni lo sabían, como dice San Pablo: “Si lo hubieran comprendido no habrían crucificado al señor de la Gloria” (1 Cor 2,8).

En definitiva, podemos decir que Cristo muere por los pecados de todo el mundo. Lo hemos crucificado todos. Pecar es la mayor locura, cuando pecamos no sabemos la barbaridad que cometemos. Estamos locos, y Cristo nos libera de tamaña locura. Aprendamos de él a ser perdonadores, misericordiosos y compasivos. Yo hasta creo que cometer un pecado mortal es muy difícil, pues supone que lo cometemos a ciencia y conciencia, sabiendo que aquello es un pecado muy grave y a pesar de ello lo cometemos. Hasta los mismos hacedores de grandes crímenes son unos descerebrados. Seamos comprensivos y perdonadores como Cristo y San Esteban, el protomártir cristiano matado a pedradas, mientras él decía: “Señor no les tengas en cuenta este pecado” (He 7,60).

He aquí estas palabras de Unamuno: “Hasta que a la vista del más horrendo crimen, no sea la exclamación que nos brote ¡pobre hermano, mío! por el criminal, es que el cristianismo no nos ha calado más adentro que el pellejo del

alma". Cristo nos manda perdonar siempre, todo y a todos (Mt 18,22).

Cuando alguien dice "perdono, pero no olvido", en realidad no perdona, porque no se trata de borrar de la mente el mal recibido sino de borrarlo del corazón, algo prácticamente imposible, cuando ese mal es muy gravísimo de borrarlo del corazón, algo que para un creyente debería ser fácil e incluso hasta gozoso, pues eso sería el imitar de verdad a Jesucristo.

SEGUNDA PALABRA

“Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Mt 27,38)

El ordenamiento judío prohibía hacer más de una ejecución en el mismo día, pero no así el romano, el cual hacía incluso ejecuciones masivas. El Sanedrín decide condenar a la pena de la crucifixión a Jesucristo, pero no podían hacerlo, pues eso le correspondía al imperio romano. Fue Roma, es decir el sanguinario procurador Pilato, el que dicta la pena de crucifixión para Jesucristo y al mismo tiempo ordenó su ejecución y la de los dos malhechores. Cristo fue crucificado en medio de los dos. Según Flavio Josefo aquella época estaba llena de agitaciones, convulsiones, enfrentamientos y muerte, promovidos por malhechores, ladrones, bandidos y criminales. Estos dos malhechores eran procedentes del grupo de los celotes, que alentaban actos terroristas contra Roma.

Mateo y Marcos dicen que los dos malhechores al principio de estar en la cruz, al unísono de todos lo que estaban presenciando la tragedia, injuriaban y lanzaban improperios a Jesucristo. Según san Lucas se trata del buen y del mal malhechor. El bueno reconoce su conducta delictiva de la que se siente arrepentido; reconoce también que Cristo tiene poderes divinos y es inocente mientras que ellos son culpables, merecedores de la pena; pide a Jesucristo que se acuerde de él cuando esté en su reino. Le suplica el perdón y Cristo que ha venido en busca de los pecadores (Lc 19,9) y a perdonar los pecados, responde: “hoy estarás conmigo en el paraíso”, con lo que manifiesta claramente su poder divino, su divinidad. Es el Hijo de Dios, algo que le echaban en cara para mofarse de él y que después de su muerte, el centurión (Lc 23,

47) como todos los demás decían que Cristo era efectivamente el Hijo de Dios (Lc 23, 54).

La fe salva (Lc 9, 19; Mc 16,16) si es viva con obras de amor: “de la misma manera que el cuerpo, sin alma, está muerto, la fe sin obras está muerta” (Sant 2, 26). Sin la acción caritativa no hay cristianismo, por mucho que se rece, se invoque a Dios y se celebren muchos ritos religiosos. Sin amor todo se reduce a la nada.

Cometer un crimen y pecar son dos cosas que no debían suceder. Es malo pecar, pero más malo es permanecer caído. Si el pecador se arrepiente, se levanta y pide perdón a Dios recibe siempre el abrazo perdonador del Padre. Y esto se debe fundamentalmente a la fe, que le impulsa a pedir con valentía y confianza el perdón. En la primera palabra Cristo se dirige a Dios Padre. En esta segunda el buen ladrón se dirige a Jesucristo, pues cree que es el Mesías esperado.

Las tres palabras del texto: 1) *Hoy*. Su significado está muy claro, es hoy, el día en que han sido crucificados. No hay que interpretarlo, como no pocos lo hacen, en un tiempo largo, en el fin de los tiempos, después de la resurrección de los muertos y del último juicio final.

2) Hoy mismo *estarás conmigo*. Es el cumplimiento de las palabras que recoge San Juan: “Donde yo esté, allí estará también mi siervo” (12, 26).

3) *En el paraíso*. Para unos el paraíso es el cielo, para otros el paraíso terrenal, donde estaban Adán y Eva, y lo interpretan literalmente, situado en Mesopotamia o donde sea, algo que no existe ni existió. Otros dicen que paraíso es el lugar donde se ve a Dios; en este caso el paraíso es la cruz.

Otros, por fin, sostienen la teoría tradicional y lo identifican con el seno de Abraham, una mansión de paz y felicidad, donde los santos esperan ir un día al cielo. En definitiva, lo que Cristo dice al buen malhechor: “donde yo estoy o donde yo voy a ir, estarás tu”. Por tanto el paraíso, la gloria es estar con Cristo, donde sea.

La palabra paraíso es de origen persa y significa “jardín” cercado. Los historiadores y los expertos en las Sagradas Escrituras, no interpretan estos textos de un lugar concreto, al igual que “el seno de Abraham”, sino de la felicidad.

El jardín es Dios mismo, la felicidad eterna, de la que por pura misericordia gozaremos al morir. En el mismo momento de la muerte pasaremos a la “vida” eterna para estar siempre con Él.

La lectura de la Biblia no se puede hacer de una manera puramente literalista. En ella hay una gran abundancia de simbolismos y de sentidos espirituales que son de suma importancia (Mt 2,1-12; 5,21; 23; Lc 13).

TERCERA PALABRA

Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dice al discípulo: he ahí a tu madre (Jn 19, 26-27)

Esta palabra es exclusiva del IV evangelio. Estaban de pié junto a la cruz de Cristo su madre, María de Cleofás, hermana de su madre y María Magdalena, ¿son tres o cuatro mujeres? Para unos son tres, María de Cleofás es hermana de la Virgen. Para otros son cuatro: La “hermana de su madre sería la madre de los hijos de Cebedeo junto con la Magdalena y María, la madre de Santiago y José. Las mujeres, al principio de la crucifixión miraban desde lejos a la cruz, pues no se les permitía acercarse. Cuando la muerte de Jesús era inminente, el centurión tuvo un acto de compasión y les permitió acercarse.

El que Jesús llamara “mujer” a su madre responde a que en momentos especiales o solemnes, el hijo podía dirigirse así a su madre. En las bodas de Caná también la llamó “mujer” (Jn 2, 4). Unos dan un sentido puramente literal al texto. Le pide al discípulo amado que recoja a su madre y la trate como la suya y al discípulo que se considere como hijo suyo. Esto parece confirmar que San José se había muerto y que la virgen no tenía más hijos. Una tradición dice que el discípulo la recogió en su casa de Jerusalén y estuvo acompañándola hasta su muerte hacia el año cincuenta. Y Desde ese momento el discípulo se fue a anunciar el evangelio por el mundo, como habían hecho los demás discípulos. Otros mantienen que, a parte del sentido literal, las palabras de Jesús tienen otro

sentido más amplio e importante, como es muy frecuente en el IV evangelio. En ese momento, Jesús ve en el discípulo a todos los seres humanos por los que está muriendo y pide a su madre que se considere la madre de todos representados en el discípulo, Así pues, todos somos hermanos, hijos de la misma madre que es la virgen, Cristo proclama la maternidad espiritual de María de todos los hombres y al mismo tiempo la filiación espiritual de estos con respecto a ella. Este sentido de filiación espiritual ha sido reafirmado por el magisterio pontificio, al menos a partir del papa Benedicto XIV. Así lo ha proclamado también toda la cristiandad manifestando una devoción grande y profunda de nuestra madre, la madre de Jesús y la madre de Dios.

La Virgen, pues, simboliza a la Iglesia que está naciendo ahora y el discípulo simboliza a todos los cristianos. Todos los creyentes deben recibir a María como el discípulo, para ser así miembros de la Iglesia. Con esta tercera palabra, el crucificado crea una nueva familia: la cristiandad integrada por todos los creyentes que se quieren como hermanos.

Termino con unas pinceladas sobre el dogma mariano de la maternidad divina. El título de la Virgen Madre de Dios tiene su fundamento bíblico en los textos que hablan de la divinidad de Jesús. Si Jesucristo es Dios, María, que es su madre, es la madre de Dios.

En el concilio constantinopolitano (381) se elabora la frase: “et incarnatus est de Spiritu Santo et Maria Virgine”; “se encarnó del Espíritu Santo y de María virgen”. A la Virgen se le puede llamar “*Theotokos*” (madre de Dios) decían los padres alejandrinos, mientras que los Antioquenos, entre los que destacó Nestorio, defendían que lo más que se podía decir de

María es “*Chistotokos*” (madre de Cristo). En el Sínodo Romano (431) Nestorio fue condenado y queda legitimado el título “*Theotokos*”.

El Concilio Vaticano II, después de quince siglos se plantea de nuevo el título de “María Madre de Dios” y lo hace en conexión con la cristología y la eclesiología. He aquí las palabras del concilio:

“La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo por disposición de la Divina Providencia, fue en la tierra la madre excelsa del Divino Redentor, compañera singularmente generosa entre todas las demás criaturas y humilde esclava de su Señor” (GS 61)

La maternidad divina de María es el privilegio más excelso y la gracia más grande, de las que, de alguna manera, derivan todas las demás que engrandecen su persona.

“María está enriquecida con la suma prerrogativa de ser la Madre de Dios Hijo y por eso Hija predilecta del Padre y Sagrario del Espíritu Santo; con el don de una gracia tan extraordinaria aventaja con creces a todas las demás criaturas celestiales y terrenales” (GS 53)

CUARTA PALABRA

“Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado” (Mt 27,46)

Estas palabras (tal vez las últimas de Cristo) son las primeras del salmo 22. Cristo manifiesta aquí su inmenso sufrimiento. Los presentes de abajo le insultan, se mofan de él, le humillan con palabras que le taladran el corazón, cuando está colgado en la cruz por ellos, por sus pecados, por nuestros pecados. Levanta sus ojos al cielo, acude al Padre y su Padre no le responde. Las puertas de la mansión divina están cerradas. Y Cristo en la soledad más absoluta. Sus palabras, sus sufrimientos y su estado de ánimo se parecen mucho a los de Getsemaní, en que también se encuentra solo, los apóstoles, dormidos y Judas con los que iban a prenderle: “Triste está mi alma hasta la muerte... Padre mío, si es posible pase de mi este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya” (Mt 26, 38-39).

Las palabras de la cruz son las primeras del Salmo 22, que corresponde a la queja angustiada del justo. El salmo que se le atribuye a David, continúa así:

“a pesar de mis gritos no acudes a salvarme, de día te llamo y tú no me respondes, de noche y tú no me haces caso... yo soy un gusano, que no un hombre... todos mis huesos se dislocan, mi corazón se ha vuelto como cera, se me deshace dentro de mi pecho, mi garganta está seca lo mismo que cascajo, mi lengua se me pega al paladar, me han hundido en el polvo de la muerte. Me rodean un montón de perros, una banda de criminales me

acomete, taladran mis manos y mis pies, puedo contar todos mis huesos, se reparten mi ropa y se sorteian mi túnica, y tú, Señor, no te quedas lejos, fuerza mía, ven corriendo en mi auxilio”

Es un salmo claramente mesiánico, que describe en parte, incluso al pie de la letra, los sufrimientos y los acontecimientos por los que pasó Jesús en la cruz. Esto significa que Cristo oraba con los salmos a lo largo de la vida y en la cruz.

En este, que estamos comentando, se veía plenamente representado, aunque también algunos piensan que se trata del sufrimiento de Israel por la salvación de toda la humanidad; y acude a Dios, pero Dios permanece en silencio (ver salmo 42). El caso es que Cristo agoniza, invoca a su Padre el cual no le responde. ¿Dónde está?

Creo que la solución es esta: Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, se hizo hombre, semejante en todo al hombre, menos en el pecado (He 2, 17). Estando en forma de Dios tomó la forma de siervo, la naturaleza humana, despojándose de su rango divino (Flp 2, 5-8). Y en calidad de hombre se somete a esta muerte tan cruel; ante el temor de morir pide a Dios que venga en su ayuda, como solemos hacer todos los creyentes, y Dios que es el *Silencio*, sigue en silencio. Pero no significa que lo haya abandonado, al contrario, está sufriendo con él, en el cumplimiento de su misión de redimir al mundo a través del dolor, cuando creo que es innegable que podía habernos redimido con un acto de su voluntad.

El misterio de este dolor de Cristo y de todos los dolores de la humanidad, significa el valor infinito que debe tener el sufrimiento. En el más allá lo comprobaremos. Cristo, siendo

Dios pero también hombre, se queja como si estuviera abandonado por Dios. En sus mismas circunstancias exclamaríamos de la misma manera nosotros.

Este tan doloroso estado espiritual por el que pasó Jesucristo está bien reflejado en la “noche oscura” de San Juan de la Cruz con las siguientes palabras referidas al alma en sus últimos pasos a la perfección: Desnudez, desamparo, “profunda y honda tiniebla... muerte de espíritu cruel” y es tanta “la pena y los gemidos de la muerte que al alma le parece que Dios le ha desechado...” y para ella es “grave y lastimera pena” para creer que la ha dejado Dios. “Dolores de infierno que consiste en sentirse sin Dios” (Noche Oscura, libro segundo. Capítulo 6).

Pero tras estas amarguras, sobrellevadas y aceptadas con su fe profunda, el alma llega a la perfección más alta a la que puede llegar el ser humano.

Hemos dicho que Dios es el silencio, Dios no habla, no le hemos escuchado ni una sola palabra y, sin embargo, todo nos habla de Dios. Nos habla de él no sólo la grandeza y la hermosura de la naturaleza, sino también los signos de los tiempos y las circunstancias por las que vamos pasando a lo largo de la vida. En todo debemos ver la presencia de Dios. Lo tenemos que acatar y aceptar con gozo como venido de sus manos. Él conduce nuestra vida, lo que importa es que nos dejemos llevar por Él.

QUINTA PALABRA

“Tengo sed” (Jn 19, 28)

Los evangelios no dicen expresamente que la cena fue el jueves y la muerte el viernes. El calendario solar consta de 52 semanas y comenzaba siempre por miércoles de Nisán. Este calendario es el que sigue el A.T. (Ex 12, 6 y Lv 23, 1). La inmólación del cordero pascual tenía que hacerse el día 14 del primer mes (Nisán) que era martes. Cristo probablemente celebró la cena el martes, en cuyo caso los acontecimientos fueron así: el martes: la cena, Anás y Caifás; miércoles: primera sesión del Sanedrín; jueves: primera sesión de Pilato y conducción a Herodes; viernes: segunda sesión del Sanedrín, Pilato, Barrabás, flagelación y crucifixión.

Si esto es así, San Juan en 12, 1 y 18, 25 habla de la pascua oficial celebrada en viernes y en 13, 1 de la pascua antigua celebrada por Jesucristo en martes. Esta tesis se apoya en varios testimonios valiosos de los que sólo cito a la Didascalia y a los monjes del Qumram. Yo prefiero la del martes, aunque no sabemos con certeza, pues así la explicación de los acontecimientos es la más lógica porque ¿cómo hacer todo en una noche, cuando no se podía celebrar un juicio y aquí se hacía incluso de una manera atropellada, sin las debidas garantías procesales?

Jesucristo sufrió tormentos espantosos desde el prendimiento en Getsemaní hasta la muerte en cruz. Tras su comparecencia ante Anás, Caifás, el Sanedrín, Pilato, Herodes

y la flagelación. El patíbulo era el madero horizontal de la cruz, el vertical estaba fijo en el calvario. Cristo iba tan extenuado y exánime, camino de la crucifixión, llevando el patíbulo al hombro, que tuvieron que alquilar a Simón de Cirene para que lo llevara él. Cristo estaba deshidratado y con una fiebre muy alta, el tormento horroroso que sufrían los crucificados. Padecía una sed física, la lengua se le pegaba al paladar, y un alma compasiva le da a beber vinagre (Salmo 69, 22) pero él no lo tomó, porque esa sed, además de fisiológica tenía otro sentido más alto, cumplir su misión de salvar a los hombres a través de esa sed libremente aceptada para cumplir también la voluntad de su Padre.

Aparte, pues, de la sed física, Jesucristo tenía una sed inmensa de salvar al género humano, pero esta salvación reclama que nosotros tengamos sed de él, porque él tiene un agua que apaga para siempre nuestra sed, un agua viva que salta hasta la vida eterna. Cristo tiene sed de que nosotros tengamos sed de su agua. Estas palabras evocan el diálogo con la Samaritana (Jn 4). Esa agua que es un don de Dios, ha recibido diversas interpretaciones. Es una gracia de Dios que brota, como ríos de agua viva, en el seno del sediento, y que se refiere al Espíritu Santo. Otros lo refieren al mismo Jesucristo que es el gran don de Dios. Es un agua viva y vivificadora, no un agua muerta como la del pozo de Jacob, que tanto alababa la samaritana (ver Rom 12, 1). Otros lo refieren a la doctrina del evangelio apoyados en el texto de Heb 4, 12-13: "La palabra de Dios es viva y eficaz y más aguda que espada de dos filos; penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y la médula y es capaz de juzgar los sentimientos y los pensamientos". Otros hablan del agua del bautismo; el bautizado lo es de una vez para siempre, ya no se puede bautizar otra vez, así el agua sacia la sed para

toda la eternidad. Brota hasta el cielo y es incorruptible, inmortal, inagotable, espiritual. Allí ya no hay sed, sólo hay amor. Allí “solo en amar es mi ejercicio”, como dice San Juan de la Cruz (c 19). Sólo el amor produce la felicidad eterna, vale la pena pasar por tanto sufrimiento, de como pasó Cristo desde Getsemaní; con su “alma triste” y con miedo al “cáliz” doloroso, para pasar a la gloria a través de la muerte. Antonio Machado lo expresó en esta feliz y lapidaria frase: “Tras el pavor de morir está el placer de llegar”.

En Palestina el agua es escasa y muy apreciada, sobre todo cuando el calor es muy fuerte. Sin agua, además, no hay vida. Cristo no dice simbólicamente que él es el agua, pero sí dice que él da el agua que salta hasta la vida eterna. Como hemos dicho, aquí el agua es el símbolo del Espíritu Santo. Esto lo corrobora el texto de San Juan (7, 37-39): “El que tenga sed que venga a mí y beba el que cree en mí, como dice la Escritura: “Brotarán ríos de agua viva en lo más profundo del que cree en mí”. Jesús dijo estas palabras refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyesen en él. Pues todavía no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado.

Al final el evangelista afirma que “Jesús inclinando la cabeza, entregó el Espíritu” (Jn 19, 30) hacia las personas que estaban junto a la cruz: la madre y el discípulo amado. En aquel momento nacía la Iglesia. Cuyo corazón es el Espíritu Santo; como nace en el calvario lo que indica que el sufrimiento es, sigue siendo, la causa matriz y salvadora de los hombres; creo que en lugar de combatir el sufrimiento espiritual, producido por las desgracias irremediables que sean, es a veces mejor tratar de ser feliz dentro de ellas.

SEXTA PALABRA

“Todo está cumplido” (Jn 19, 30)

Cristo pudo decir en el último momento que todo estaba cumplido en él y por él. Lo primero de todo, estaba cumplida la voluntad de Dios. Para eso vino a la tierra y se hizo hombre, para realizar el proyecto divino de salvar al mundo a través de su muerte (ver Ef 1, 14). Toda su vida se puede resumir en estas dos frases dirigidas a su padre: “Aquí estoy para hacer tu voluntad” (Hb 3, 7), “yo hago siempre lo que te agrada” (Jn 8, 29). Un ejemplo lo tenemos en su amargura en Getsemaní: “Hágase tu voluntad” (Mt 26, 42). Dios Padre sólo quiere una cosa: “La salvación de todos los hombres sin distinción alguna” (1 Tim 2, 4), pues “no nos ha destinado al castigo, sino a la salvación por nuestro señor Jesucristo (Tes 5, 9)”. Se ha cumplido lo que Cristo había repetido a sus discípulos, que “debía ser entregado y ser crucificado”. Ha cumplido la misteriosa voluntad de su Padre con su muerte violenta y en la cruz para salvar al mundo (Rom 5, 6-10).

Se ha cumplido lo que dijeron los salmistas. Por ejemplo, Cristo está presente en todo el salmo 69, la cúspide de la Biblia. En él encontramos expresiones que relatan lo que sucedió en el Calvario. El salmo 22 comienza con las palabras que repite Cristo en la cruz y sigue una descripción, a veces muy detallada literalmente del lastimado estado en que se encuentra. Basta con estos dos salmos citados más arriba.

Se ha cumplido lo vaticinado por los profetas. Voy a referirme únicamente a Isaías en los cuatro cánticos del Siervo de Yavé aplicados personalmente a Jesucristo, aunque se puede aplicar corporativamente a Israel.

En el primer cántico (42, 1-4) Dios derrama sobre el Siervo su espíritu y le encomienda llevar la verdad salvadora a las naciones. En el segundo (49, 1-6) su misión fue un fracaso, pero termina con un éxito clamoroso: Israel será luz para todas las gentes hasta los extremos de la tierra. En el tercer cántico (50 ,4-9) la actividad del Siervo es ayudar a los desfallecidos y oprimidos. Sus palabras están marcadas con el sello de la persecución y el sufrimiento. En el cuarto cántico (52, 13-53, 12) nos encontramos con un relato de la pasión del Siervo doliente, es decir de Cristo,, desfigurado, traspasado, aplastado. Con sus sufrimientos redime al mundo cargando con los pecados de los hombres. Estamos ante el misterio del infinito valor del sufrimiento. Jesucristo se entrega voluntariamente al sufrimiento y a la muerte.

No podemos comprender que por el amor que Dios nos tiene haga pasar a su Hijo por calvario tan inconcebible. Se ha cumplido, por fin, el deseo inhumano de los fariseos, los sanedritas, los gerifaltes judíos y de Pilato, de que Cristo tuviera una muerte tan humillante y cruel.

San Juan dice que “Jesús, sabiendo que todo estaba consumado”, es decir, cumplido a la perfección, manifestó que se cumpliera toda la Escritura (Jn 19, 28). La misión recibida de su Padre “tiene su coronación en el calvario”, no de una manera puntual, sino de una vez para siempre, es decir, la salvación de los hombres es para toda la eternidad.

Todos venimos al mundo con una pequeña misión, que vamos conociendo por los “signos de los tiempos” en que vivimos y por las circunstancias por las que de manera irremediable rodean e impulsan nuestro cotidiano vivir. Ojalá podamos decir, como Jesucristo, “misión cumplida”.

SEPTIMA PALABRA

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 41)

Esta palabra es exclusiva de Lucas. Está tomada del Salmo mesiánico 31, 6. Cristo muere con plena libertad. Por “espíritu” quiere decir la “vida”, y entregó o encomendó quiere decir libremente., o sea, Jesucristo muere libremente. Su muerte no sucedería si él no lo quiere. Así lo había dicho: “El Padre me ama porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que la doy yo por mi mismo. Tengo el poder de darla y de recobrarla” (Jn 10, 17-18). El Salmo mesiánico 31 atribuido a David, tiene entre otras estas similitudes con la pasión de Cristo: “A ti, Señor me acojo” (32, 1). “Mi vida se consume de tristeza, los gemidos acaban con mis años, mis huesos se consumen, tú eres mi Dios, mi vida está en tus manos” (31, 11-16). Estas palabras que brotan de los labios de Jesús se recitaban como una oración antes de dormirse; por la mañana, al levantarse, para dar gracias Dios, porque su “vida” habrá sido revitalizada y su espíritu, que el Señor Dios le había dado, ha recobrado fuerza gracias a la generosidad de Dios. La muerte no es lo último, sino el principio de la vida divina, eterna y gloriosa. Para llegar a la gloria hay que recorrer el camino del sufrimiento, como tanto intencionadamente he repetido, pues es fundamental en nuestra vida. ¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciese para entrar en su gloria? Caifás, el Sumo Sacerdote aquel año, profetizó que Jesús debía morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos (Jn 11, 50-51).

Todos, desde el momento de nacer, emprendemos el camino hacia la muerte, olvidarnos de esta realidad tan clara, aparte de ser una necedad, sería una catástrofe. El camino hacia la muerte no puede ser otro que el que siguió Jesús, imitándole, sabiendo que no se le puede imitar, sin la cruz, pues un cristiano es un crucificado con Él. Él, desde el principio hasta su muerte, hizo y enseñó (He 1, 1). Lo primero es hacer para poder enseñar luego con el ejemplo. Todo lo que hizo lo resume san Pedro en esta frase: “Pasó haciendo el bien” (He 10, 38). Nuestro quehacer Cristiano es estar unidos a Cristo, “ser de Cristo” (1 Cor 3, 23), hacer siempre el bien, servir y amar a todos, morir como Cristo para entrar “en el eterno estar con Él” (Flp 1, 20-25), donde todo es felicidad, pues “no habrá ni luto, ni llanto ni dolor” (Ap 21, 31).

Este camino de gozos y de sufrimientos lo hacemos en los brazos de nuestro Padre querido. Él nos ha dado la existencia y el seguir existiendo, y nos lleva en brazos por el recorrido de la vida. Nosotros abandonamos nuestro presente y nuestro futuro en su santa voluntad, que acogemos e interpretamos la hacedora de cuanto nos vaya sucediendo, pues todo es gracia, también el sufrimiento.

La fe nos lleva a confiar plenamente en Dios, a ponernos en sus manos, pues él sabrá lo que hace. Lo que haga será siempre lo mejor, lo que más nos conviene.

Santa Teresa veía en todo la mano, la voluntad de Dios: “La suma perfección consiste en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere su Majestad... siendo señores de

nosotros mismos, nos podemos emplear en Dios, dándole la voluntad limpia para que la junte con la suya (F 5, 10-13). “El estado de la divina unión consiste en tener el alma según la voluntad de Dios de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad divina, sino que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios” (5. 11, 2). Son dos voluntades la divina y la humana en una, la divina, pues nosotros estamos divinizados.

NOTA:

Termino con unos interrogantes que me hago a mí mismo. ¿Por qué el proyecto del Padre de salvar al mundo tuvo que pasar por la muerte trágica de Cristo en la cruz? ¿No podía habernos salvado con un puro acto de su voluntad? ¿Por qué tantos sufrimientos en el mundo? ¿Dios, un padre comprensivo, puede querer el dolor y el mal para sus hijos? ¿Es que el sufrimiento está tan extendido y enraizado en el universo, que a Dios, el todopoderoso, no le es posible eliminarlo? ¿No será, más bien, que el sufrimiento, aquí y ahora un misterio indescifrable, tiene un valor infinito para nuestra eterna felicidad en el cielo? ¿No será que Dios sufre con nosotros, que le duelen nuestros dolores, que hace suyos nuestros gemidos, y que el dolor humano se diviniza en su corazón?.

Dejemos las preguntas, aceptemos todo lo que nos ocurra con fe y con confianza absoluta en él, nuestro Padre querido.

El sufrimiento, contemplado con los ojos luminosos de la fe y aceptado con la fuerza y el encanto del amor, desde Cristo muerto y glorificado en el trono de la cruz, se convierte en gracia divina que nos asegura la entrada en la patria eterna de Dios, nuestro padre querido. Termino con estos versos de Santa Teresa de Jesús:

*Después que se puso en cruz el salvador,
En la cruz está la gloria y el honor
Y en el padecer dolor vida y consuelo
Y el camino más seguro para el cielo.*

Sólo desde Jesucristo en la cruz podemos encontrar el sentido del sufrimiento en nuestra vida y en la de todo el mundo.



ESCUELA BÍBLICA DE LA
AXARQUÍA
Parroquia San Andrés
Torre del Mar (Málaga)